

EL TEATRO

DIRECTOR
JOSÉ DEL PEROTO

PUBLICACIÓN MENSUAL

ADMINISTRACIÓN
57, SANTA ENGRACIA, 57



SRTA. DOLORES MEMBRIVES
PRIMERA TIPLA DEL TEATRO DE APOLO, EN «EL PERRO CHICO»

(Fot. Kaulak)

EL TEATRO

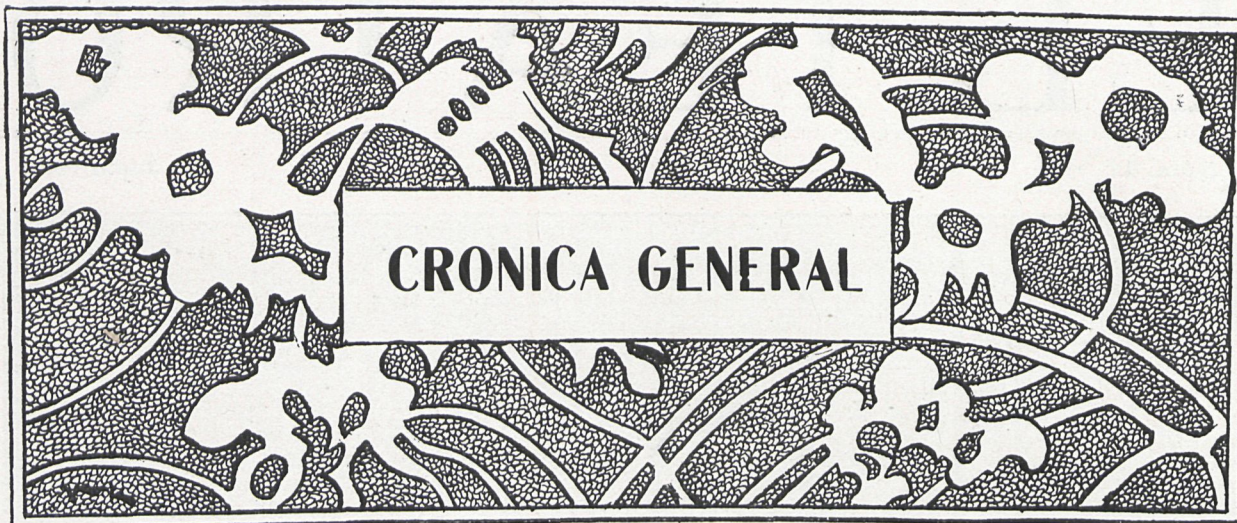
Núm. 57

Junio 1905



D. CARLOS ARNICHES y D. ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ
AUTORES DE «EL PERRO CHICO»

(Fot. Kaulak)



ALGO queda por fortuna de las dosconcertadas fiestas con que se celebró el Centenario de la publicación del *Quijote*: queda además de varios libros de extraordinario mérito, el grato recuerdo de la representación escénica de algunos trozos de la obra de Cervantes.

Cuando ante ese público que á sí mismo se da el «modesto» título de *todo Madrid* y que llenaba la noche de la función de gala, de bote en bote, la sala del teatro Real, se levantó el telón y vimos la triste figura del amojamado hidalgo, muy acertadamente interpretada por Fernando Díaz de Mendoza, sentimos agitarse en el fondo de nuestro ser no sé qué extraña mezcla de vergüenza y patriotismo. Lo macilento de la persona de Don Quijote, sus molimientos y quebrantos y las burlas de que es víctima, parecían el símbolo de nuestro actual enflaquecimiento y de nuestras desdichas y desastres recientes.

De mí se decir que cuando ví al valeroso caballero apedreado y tendido en tierra, después de la aventura de *Los Galeotes*, me pareció que tenía ante mis ojos á la pobre España derribada á coces por una tropa de villanos de peor ralea que Ginesillo de Pasamonte y sus desalmados compañeros de cadena.

A que resultase más viva y más emocionante esta evocación, contribuyó mucho la manera con que fueron representados los tres cuadros del *Quijote* elegidos y adaptados á la escena por Sellés, los Quintero y Ramos Carrión.

Los tres cuadros están arreglados con el acierto que era de esperar de autores que tan acreditado tienen su conocimiento de la literatura dramática. El esmero con que todos los artistas interpretaron sus respectivos papeles, lo artístico de las decoraciones y la propiedad de los trajes, contribuyeron á realzar el atractivo de aquella inolvidable fiesta.

No gozaron solamente de tan hermoso espectáculo los invitados á la función regia. Fernando Díaz de Mendoza tuvo la excelente idea de celebrar una función gratuita para que las clases humildes pudieran disfrutar también de tan artística como interesante representación. Y á fe que resultó hermosa tan oportuna fiesta. No había aquella tarde en los palcos del teatro Español damas linajudas luciendo despechugados bustos, espléndidas joyas y costosos prendidos. No se vieron tampoco en las butacas correctos fraques y albas pecheras. Nada

de uniformes, penachos, cruces ni bandas. Los que ocupaban, sin distinción de categorías, todas las localidades del teatro, eran obreros de los talleres y fábricas, niños de las escuelas públicas, dependientes subalternos de tiendas y oficinas, todos con sus trajes domingueros, todos saboreando ese placer de divertirse que los ricos no conocen á fuerza de abusar de él.

Y cosa digna de notarse. Aquel público totalmente iliterato, ajeno á las delicadezas del arte, sintió y penetró con mucha más intensidad que los espectadores del Real, la amarga filosofía, el hondo humorismo de que está empapada la asombrosa creación de Cide Homete Benengeli.

Fué aquella una fiesta que honró por igual á los que la organizaron y á los que asistieron á ella. Al cabo de tres siglos, cuando tantas instituciones se han hundido, cuando tantas grandezas han venido al suelo, cuando tantas tempestades han pasado sobre España, el libro de Cervantes conserva su siempre lozana juventud, y con él ahora como hace trescientos años, «el melancólico se mueve á risa, el risueño la acrecienta, el simple no se enfada, el discreto se admira de la invención», y todos se deleitan, emocionan y extasian.

□ □

El género lúgubre no es ciertamente la especialidad de la compañía italiana. *Los cuervos*, drama deprimente y tético si los hay, solamente agitaron una noche sus negras alas, sobre el teatro de la Comedia. Después tendieron el vuelo y no los hemos vuelto á ver.

Y la verdad es que aquello pone el corazón en un puño. Imagínese el lector una familia acomodada cuyo jefe muere repentinamente. Su esposa y tres hijas, sin condición alguna para manejar su escasa herencia comprometida en los negocios á que se dedicaba el Sr. Viguerón, se ven cercadas y despojadas por una bandada de amigos, *Los cuervos*, que ceban sus codicias en las cuatro desventuradas mujeres. Una iba á casarse; el novio la deja después de obtener íntimos favores, y ella se vuelve loca; á la otra intenta seducirla un viejo avariento y libertino, y tanto la madre como las hijas llegan á la última miseria, no teniendo más remedio para salir de ella, que sacrificar á María, la más linda y delicada de las tres huérfanas, haciéndola casar con el viejo sátiro.

Este drama de Becque, muy discutido cuando hace veinte años se estrenó en París, en pleno apogeo del naturalismo, produjo en el público de Madrid impresión por extremo desagradable. Todo es en él tétrico, negro y doloroso. Los caracteres, justo es decirlo, son verdaderos; su lenguaje, el de la realidad; el desarrollo de la obra perfectamente lógico, pero la agrupación de aquellas figuras, tal cúmulo de desdichas sobre una sola familia, el amontonamiento de tantas maldades, resulta una calumnia de la vida. En ella existe el mal, pero esparcido como el carbono por la atmósfera. Si todos aquellos horrores pueden reunirse, y de hecho, algunas veces se reúnen, tal conjunto constituye una excepción, y es sofisticado presentar la excepción como regla general.

Le Cordeaux, La francene nell'ombra son las únicas obras verdaderamente serias, estrenadas por la compañía de la Mariani.

De las demás obras que componen el numeroso y variado repertorio de los artistas italianos, solamente hemos podido conocer, aquellas que pertenecen a lo que por aquí llamamos género verde. Sería injusto censurar por ello a la empresa de la Comedia. Cuando esta empresa ha anunciado una obra seria, el teatro se ha visto poco menos que vacío. En cambio, los *vaudevilles* que en París obtuvieron mejor éxito entre la gente alegre de la gran ciudad, son los que en Madrid han alcanzado mayor aceptación. Siendo esto así, ¿qué de extraño tiene que en el espacio de pocas noches se hayan representado obras tan alegres y hasta ligeras de ropa, como *La passarelle, In bocca al lupo* y *Nouveau jeu*?

Escritas las tres, en verdad, con ingenio y malicia teatral... y de la otra, versan todas sobre el mismo tema: adulterios vistos por el lado festivo, maridos engañados, sorpresas verificadas en los más críticos momentos. Esto unido a diálogos llenos de alusiones atrevidas, de frases intencinadas y de réplicas picantes como guindillas, claro es que constituyen atractivo bastante para sostener y avivar el interés y la curiosidad de una buena parte del público.

Yo si he de decir verdad, lo que encuentro peor de estas obras, más bien afrodisiacas que propiamente artísticas, es la monotonía. En todas ellas los mismos lances, idénticas situaciones y parecidos donaires. Sucede, ó me sucede a mí, con tales comedias, ó *vaudevilles*, ó farsas ó lo que sean, algo parecido a lo que de seguro lo ha ocurrido a alguno de mis lectores con esos graciosos de profesión, cuya especialidad consiste en contar cuentos más ó menos desvargonzados. La primera vez quizá nos hacen reír, la segunda nos cansan y a la tercera nos aburren y repugnan.

De las tres obras citadas la más atrevida, y por consiguiente la que ofrece mayores atractivos, es la titulada *Nuevo juego*, original de Lavedon. Aunque en toda ella campea el más descocado sans façon, lo apetitoso de ella es la escena en que un marido sorprende a su señora y al amante en una casa *non sancta* y en circunstancias tales que no dejan duda al esposo de la infidelidad conyugal. No hay que decir que esta escena entusiasmó a los espectadores y a las espectadoras que la noche del estreno habían acudido al teatro de la Comedia

atraídos por la fama de que venía precedido *Nuevo juego*.

Contraste marcadísimo forman con los estrenos verdes, los sábados blancos. En estas noches poderosas, el mayor atractivo no está en el escenario, sino en la sala. El sexo fuerte, que tiene en tales funciones distinguidísima representación, más que a la escena mira a los palcos y plateas. En unos y otros suele haber mucho que admirar. En ellos, señoras y señoritas muestran sus bustos con tan paradisíaca inocencia, que alguna, como diría el presbítero Pabón, corre peligro de contraer un enfriamiento gástrico.

Claro es que esas noches blancas no vemos a la Mariani ni a la Chiantoni tan ligeras de ropa como las admiramos en *Nouveau jeu* ó *In bocca al lupo*, pero en cambio, admiramos desnudeces espléndidas de muy bien conservadas jamonas y de lindas y lozanas jovencitas... Y váyase lo uno por lo otro.

Cuando vi anunciada la comedia *Rabagás* para beneficio de Paladini, dije para mí: Pobre ha de ser la *Serata d'Onore* del director de la compañía italiana.

Y no me equivocaba.

La obra de Sardou, muy bien ejecutada por todos los artistas que en ella tomaron parte, y cuyo protagonista fué magistralmente interpretado por Paladini, no despertó la más leve curiosidad en el público madrileño. Puede decirse que los espectadores estuvimos en familia.

Es *Rabagás* una sátira política en la cual, sin duda, el autor quiso seguir de lejos, ¡y tan de lejos! las huellas de Aristófanes.

La acción de la comedia pasa en Mónaco como podía pasar en París ó en Madrid, que en todos estos puntos abundan los vividores políticos elevados a los primeros puestos de sus respectivas naciones, a fuerza de charlatanerías, de engaños é intrigas. La mentira política tan bien estudiada por Max Nardau, es hoy además de universal una de las más *belals* conquistas de la civilización moderna.

Rabagás miente a sus amigos, se vale de la pluma como de un gancho para atrapar los honores—que casi siempre son lo contrario del honor—que ambiciona y envidia, adula, intriga y aunque por poco tiempo triunfa.

Y sin embargo, todas aquellas maniobras apenas interesaron al público. La razón es clara. *Rabagás* nos parece hasta candorosa. Desde el año 1872 en que se estrenó la comedia de Sardou, hemos progresado mucho, y el que más y el que menos de los *Rabagás* actuales puede dar quince y falta al personaje ideado por el dramaturgo francés.

□ □

En los otros teatros el mes de Mayo no ha sido precisamente el mes de las flores, como no se quieren considerar como tales las que han derramado en su revista los autores de *El perro chico*.

Esta obrilla justifica plenamente la verdad que encierra cierta sentencia que oí hace tiempo de labios de un afortunado empresario.

—Desengañese usted, amigo mío: en las obras de teatro estorba la literatura.

ZEDA





EL PERRO CHICO



VIAJE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO
Y SIETE CUADROS,
ORIGINAL DE LOS SRES. D. CARLOS
ARNICHES Y D. ENRIQUE
GARCÍA ALVAREZ

MÚSICA DE LOS MAESTROS

D. JOAQUÍN VALVERDE Y D. JOSÉ SERRANO, ESTRENADO EN EL TEATRO DE APOLO

EL éxito, verdaderamente extraordinario, que ha obtenido el viaje cómico en un acto y siete cuadros *El perro chico*, de los Sres. Arniches y García Álvarez, estrenado en el teatro de Apolo, no debe atribuirse tanto al mérito de la obra como al deseo que tiene el público de encontrar ocasión de solazar su espíritu.

Es tan lógico este deseo, que basta á explicar el aplauso entusiasta con que premia las obras teatrales que distrayéndole de las preocupaciones de la vida, regocijan su ánimo, aun cuando estas obras, literariamente consideradas, no sean un portento, cosa que por otra parte no es lícito pedir en el género chico, ni tiene para el espectador la importancia que suele darle la crítica escrupulosa.

El público va al teatro, especialmente al que

anuncia funciones por horas, á divertirse, y si ve satisfecho su propósito, prescinde fácilmente de los méritos artísticos del espectáculo que se le ofrece. Entre una obra que literariamente considerada sea un prodigio y otra que sin serlo le haga reír, preferirá siempre la última. No significa esta preferencia que desdeñe lo bueno, que estragado su paladar, no sepa distinguir y se incline por ignorancia á lo que mejor pueda deleitarle, sino que teniendo que elegir es natural que se decida por lo que mejor le distraiga, y la prueba es que cuando por rara coincidencia se les ofrecen ambas cosas en una obra, el aplauso con que la recibe es mucho más unánime y entusiasta.

Tan lógica encontramos esta manera de sentir del público, que nos explicamos que su preferencia al-



PÉREZ CALAMOCHA
Sr. Carreras

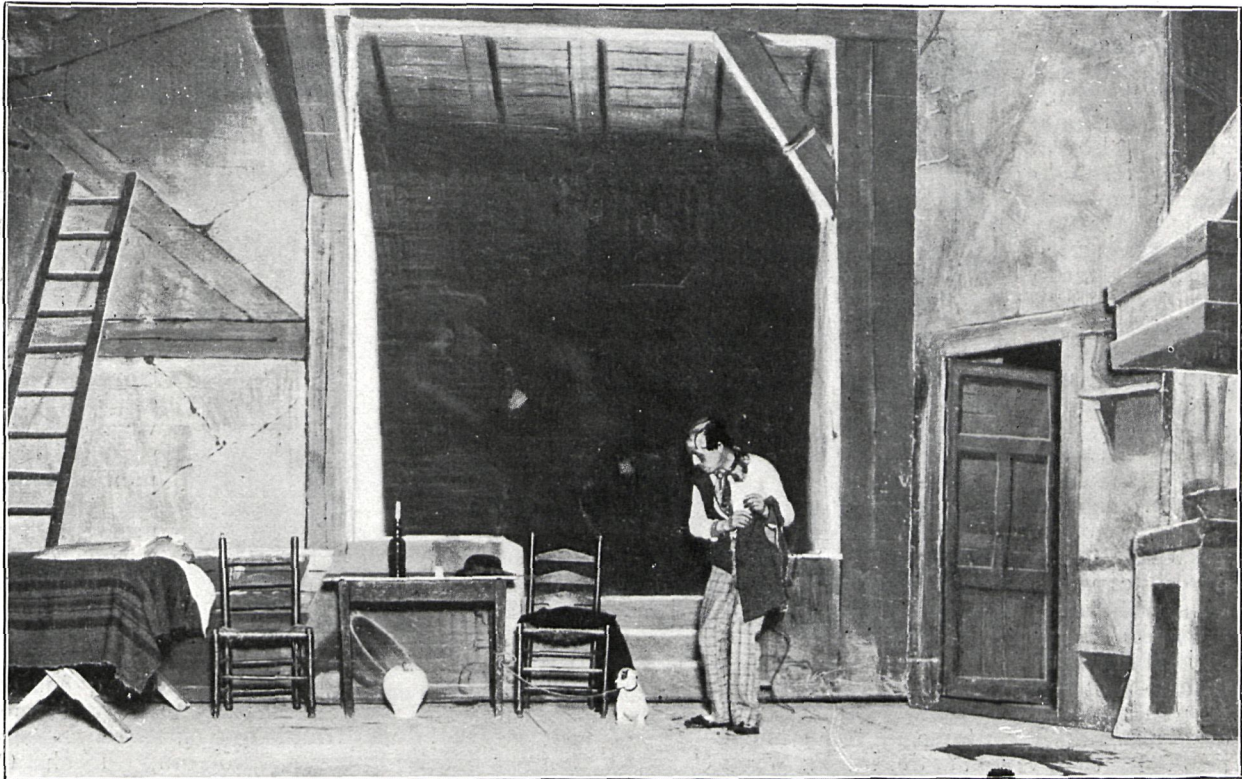
(Fot. El Teatro, por Campúa)

«EL PERRO CHICO». — CUADRO PRIMERO



SRTA. AMORÓS
DEL TEATRO DE APOLO, EN «EL PERRO CHICO»

(Fot. Kaulak)



PÉREZ CALAMOCHA, Sr. Carreras

(Fot. El Teatro, por Campúa)

«EL PERRO CHICO».—CUADRO PRIMERO.—EN LA GUARDILLA

cance aun á aquellas obras que reñidas en absoluto con la literatura, realizan el fin de distraer, porque este es el objeto que principalmente lleva al público al teatro por horas.

A presurémonos á consignar que no decimos esto para justificar el éxito de *El perro chico*. No: la obra de Arniches y García Alvarez no tiene, como indicamos al principio, un gran mérito literario, pero no es tampoco de las que única y exclusivamente persiguen el propósito de excitar la risa, dándose de punta piés con el buen sentido. La conciencia literaria, el ingenio de sus autores, no están sacrificados en esta obra hasta el punto que suelen estarlo en muchas de otras. No se prescinde en ella de la lógica, ni se salta por encima de la verosimilitud con tanta limpieza

y tan escaso escrúpulo como en aquéllas, en persecución de un efecto. En *El perro chico* la trama del asunto está bien conducida; las situaciones cómicas, aunque abundantes no parecen rebuscadas; es tan hábil su preparación como justificado su efecto, y si es verdad que en conjunto puede ser calificada de obra gorda, también lo es que su gordura no es de las que causan indignación por estar reñidas completamente con el buen gusto y con el arte.

Encontramos, pues, su éxito justificado, no obstante haber sido el mayor, el más espontáneo y duradero de la temporada actual.

* *

He aquí el asunto de la graciosa obra de Arniches y García Alvarez: Al clown Witi-



PÉREZ CALAMOCHA Sr. Carreras

(Fot. Kaulak)

«EL PERRO CHICO».—CUADRO PRIMERO

za, que luce sus habilidades y sus gracias en un circo madrileño, logrando hacer las delicias de los espectadores, se le ha extraviado un perrito que amaestrado por él realiza prodigiosos ejercicios, constituyendo la gran atracción del espectáculo y el mayor triunfo del ocurrente artista.

Este perro, cuyas diminutas proporciones causan tanta admiración como su inteligente trabajo es, pues, el protagonista

de la obra. Al levantarse el telón encuéntrase el público ante la vivienda del infeliz Pérez Calamocha.

La vivienda es una guardilla, y Pérez Calamocha un cesante que ha perdido las esperanzas de ser repuesto en su destino, y sufre todas las amarguras de la escasez.

Es de noche. La puerta de la guardilla se abre y Pérez Calamocha entra en su domicilio alumbrándose con una cerilla y llevando en sus brazos, con el cuidado propio de una buena nodriza, un perrito. Aplica la llama de la cerilla á una vela que sostiene la boca de una botella, ata el perro á la pata

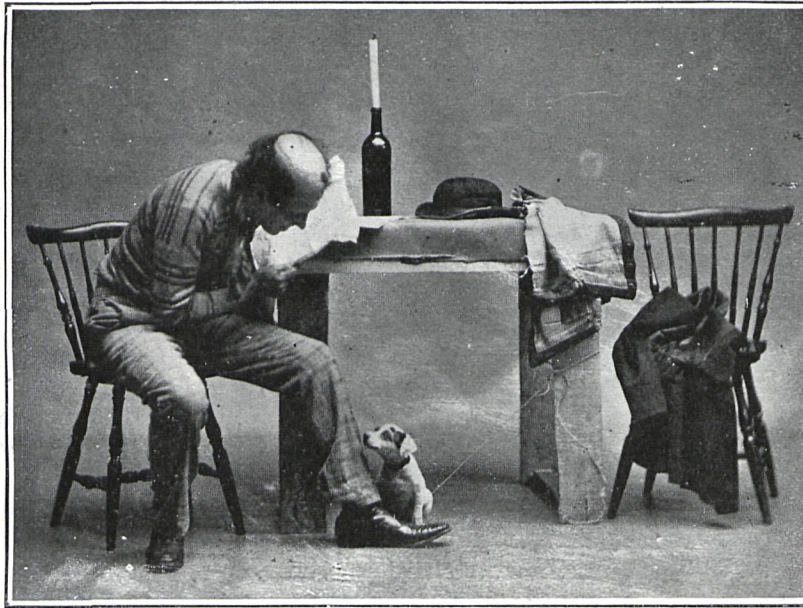
al perrito, demostrando que entre lo que lee y el animal existe alguna relación muy estrecha. Con-

vencido de ello levántase precipitadamente, vistese presuroso, coge al perro y sale de la guardilla.

Sin haber pronunciado una palabra, aquella escena de que se compone el primer cuadro no deja en el espectador la más pequeña duda.

Pérez Calamocha ha recogido en la calle aquel perrito extraviado y la noticia que en el periódico leyó es la que anuncia el extravío y promete una gratificación al que devuelva á su dueño el animalito.

Un telón



PÉREZ CALAMOCHA, Sr. Carreras, examinando el perro después de leer el anuncio «EL PERRO CHICO».—CUADRO PRIMERO.

de la mesa en que la botella descansa, despoja su cuerpo de las prendas exteriores, cuyo estado es de lo más deplorable que puede imaginarse, y se sienta á comer un panecillo que trae envuelto en un trozo de periódico. Antes de llevar á cabo su cena lee distraidamente el diario, dando casualmente con una noticia que indudablemente le interesa, puesto que después de releer con atención quedase mirando fijamente



PÉREZ CALAMOCHA, Sr. Carreras



EL REPRESENTANTE, Sr. Fernández